

## TRANSUSTANCIACIÓN EUCARÍSTICA Y TRANSUSTANCIACIÓN EN LA INMACULADA.

### 1.-La Eucaristía, sacramento perfectísimo de la Nueva Ley

"La divina Eucaristía -escribe Pablo VI en la 'Mysterium fidei' -confiere al pueblo cristiano una incomparable dignidad, ya que no sólo mientras se ofrece el sacrificio y se realiza el sacramento, sino también después, mientras es conservada, en iglesias y oratorios, Cristo es verdaderamente el Emmanuel, es decir, el Dios con nosotros".

La Eucaristía, en efecto, a diferencia de los demás Sacramentos, que existen sólo cuando se usan -(" in applications materiae ad hominem sanctificandum") existe aunque no se reciba, porque "perficitur in ipsa consecratione materiae" y es, por eso, sacramento absoluto y permanente: "continet aliquid sacrum absolute, sc. ipsum Christum"; mientras que los otros seis contiene "aliquid sacrum in ordine ad aliud sc. virtutem ad sanctificandum" <sup>1</sup>. -Esta presencia sacramental de Cristo con su cuerpo, con su sangre, con su alma, con su divinidad- comenzada en la transustanciación, y que no cesa mientras no se corrompen las especies, tiene una doble referencia: a Dios y a los hombres. La primera es de *ofrenda sacrificial* a Dios, y la segunda sacramental, de santificación de los hombres. Está "viviendo por el Padre" en favor nuestro, para que nosotros "vivamos por El" <sup>2</sup> según la doble dirección de la mediación de Cristo, ascente y descendente, sacrificial y sacramental.

La referencia sacramental no se agota en el "*uso*" del Sacramento como "*manjar de vida*". Su *presencia permanente en el tabernáculo* es centro y raíz de toda la vida de la Iglesia. Ya dijimos antes que el valor vivificante de toda gracia *procede del cuerpo glorificado de Cristo, como causa instrumental*, pero no "prout in se est", sino -tratándose de la redención aplicada, hasta que El venga- *en tanto que sacramentado, por activa intervención de su Esposa, la Iglesia* <sup>3</sup> que "*hace la Eucaristía para que la Eucaristía haga la Iglesia*".

Esta presencia de Cristo sacramentado es fuente de agua viva, "*raíz y cumbre* de la vida cristiana y de toda acción de la Iglesia. Es nuestro mayor *tesoro*, que *contiene todo el bien espiritual de la Iglesia*" <sup>4 5</sup>. "Cuius ratio est quia continetur in ipso ipsa causa universalis omnium sacramentorum" <sup>6</sup>.

Se puede dar, como resumen de estos tres aspectos del misterio Eucarístico -ara del sacrificio, tabernáculo de la Presencia y Mesa del convite- la siguiente definición: "*Sacramento de la Nueva Ley, en el que, bajo las especies de pan y vino, se contiene realmente, se ofrece como sacrificio y es sumido por los fieles para su santificación, el mismo autor de los Sacramentos, Jesucristo Señor nuestro*".

Esplica Santo Tomás que en las conversiones naturales hay una conversión del todo en el todo (el papel en ceniza), pero no de las partes sustanciales de la cosa que sufre la conversión en las de la cosa resultante, pues la materia prima permanece la misma, no

---

1 S. Th. III, 73,1.

2 Jn.6,58.

3 Cf. S. Th. III,79,1,1.

4 PO, n.5.

5 Juan Pablo II, Alocución, Madrid, 31-X-1982.

6 Sto Tomás.

convirtiéndose en otra; y hay una sucesión de formas, no conversión de unas en otras. Por el contrario, en la conversión eucarística, no sólo el todo se convierte en el todo -el pan en el Cuerpo de Cristo y el vino en su Sangre-, sino que las partes sustanciales del pan se convierten en las partes sustanciales del Cuerpo de Cristo -y las del vino en las de su Sangre-, pues afecta a la materia. No por eso, la forma del pan se convierte sin más en el Alma racional de Cristo: "se convierte en la forma del Cuerpo de Cristo en cuanto le da el ser corpóreo, no en cuanto le da el ser animado por tal alma". Sin embargo, el Alma racional de Cristo está presente en el Sacramento por concomitancia.

La transustanciación es una manifestación de la Omnipotencia divina tan eminente como la creación "ex nihilo"; sin embargo, -explica Santo Tomás- nuestra mente queda más deslumbrada por la conversión eucarística que por la creación. En ésta es admirable la producción de algo "ex nihilo", que en algún modo comprendemos, pues está dentro de la potencia de la Causa primera no necesitar de ninguna otra causa para su operación. En la transustanciación no sólo resulta admirable que se convierta todo en el todo, sin que permanezca nada de lo anterior -lo que no pertenece al modo de causar de los agentes naturales-, sino también *el que permanezcan los accidentes* <sup>7</sup>.

Como Dios, sin dejar de ser Dios glorioso e impasible se rebajó y humilló hasta hacerse hombre y padecer, también la humanidad de Cristo quiso rebajarse y humillarse hasta esconderse bajo las especies de pan, sin que obstara ese anonadamiento supremo ("hic latet simul et humanitas") al estado glorioso, que ya no puede perder.

Además, según la explicación de Santo Tomás sobre el modo de la presencia eucarística por transustanciación, el cuerpo de Cristo se hace presente en el lugar de las especies eucarísticas transustanciadas no por contacto dimensivo de las propias especies de su humanidad gloriosa, pues, aunque las conserva, no las tiene según el modo propio de ellas, sino según el modo de la sustancia, sin conmesuración local <sup>8</sup>. Está, pues, materialmente incomunicado, como cerdado y clausurado. Los accidentes de pan y de vino que lo contienen actúan como de cerdo o impedimento para la comunicación corpórea: ver, palpar, tocar..., precisan de la cantidad dimensiva y la localización por contacto material, y sus accidentes no están según su modo propio, sino según el "modo de la sustancia". (Espiritualmente, por supuesto, no hay incomunicación, pues las operaciones inmanentes como pensar y querer no precisan de contacto local). Puede, pues, hablarse de una verdadera sacrificación ritual de Cristo sacramentado según el significado etimológico más genuino de este vocablo, pues si bien el "ser sacramental" de Cristo no le cambia, sí le sustrae de toda relación profana con nuestro cosmos. Hay, pues, fundamento teológico para hablar de la "cárcel de amor del sagrario"; sin embargo, pese a esa incomunicación material, puede considerarse parte de su humillación sacramental, verdadera kenosis de su humanidad, exponerse como `una cosa`, no en sí mismo sino en las especies que lo contiene "divinitus sustentatae", símbolo no vacío sino efectivo de la donación total que de sí hace a los hombres, en insuperable exceso de amor misericordioso, a merced del entorno mundano -y de la consiguiente hostilidad del "príncipe de este mundo" que actúa a través de los hombres, esclavos suyos por el pecado- a toda suerte de sacrilegios, infamias y aberraciones. ¿Cabe más entrega, más anonadamiento? Más que en Belén y que en el Calvario. ¿Por qué? Porque Jesucristo tiene el corazón oprimido por sus ansias redentoras, porque no quiere que nadie pueda decir que no le ha llamado, porque se hace el enconradizo con los que no le buscan".

"¡El Amor! No hay otra explicación. ¡Qué cortas se quedan las palabras para hablar del Amor de Cristo! El se abaja a todo, admite todo, se expone a todo, a sacrilegios, a blasfemias, a la frialdad de la indiferencia de tantos, con tal de ofrecer,

---

7 S. Th. 75,8,3.

8 S. Th. III, 76,46.

aunque sea a un hombre solo, la posibilidad de descubrir los latidos de un Corazón que salta en su pecho"<sup>9</sup>.

Así como la muerte de Jesucristo en la Cruz es sacrificio en sentido propio, sacrificio externo que significa el sacrificio interno del Alma de Cristo, igualmente la Santa Misa es propia y verdaderamente sacrificio, pues no es otra cosa que "el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares"<sup>10</sup>.

Los protestantes negaron unánimemente el carácter sacrificial de la Eucaristía. Según Lutero, el Señor enseñó la naturaleza de este Sacramento al decir: "Esta cáliz es el nuevo Testamento en mi Sangre". Si la Cena -es la terminología que prefiere- es un testamento, no puede ser un sacrificio: la Cena se ofrece a los hombres y no a Dios. Es el documento de la herencia que se promete a los hombres: la remisión de los pecados por la sola fe, sin ninguna obra, sin ningún mérito. El Concilio de Trento dedicó un decreto entero, publicado en la sesión 22<sup>a</sup>, al sacrificio de la Misa y, al condenar los errores protestantes, empezó definiendo: "Si alguno dijere que en la Misa no se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio, o que el ofrecerse no es otra cosa que dársenos a comer Cristo, sea anatema" (canon 1)<sup>11</sup>.

Los protestantes también sostenían que afirmar el carácter sacrificial de la Eucaristía era un agravio a Cristo, pues era tanto como decir que el sacrificio del Calvario no había sido único y suficiente. Contra este error se dirigía el canon 4 del decreto de Trento: "Si alguien dijere que por el sacrificio de la Misa se infiere una blasfemia al Santísimo Sacrificio de Cristo cumplido en la Cruz, o que éste sufre menoscabo por aquél, sea anatema"<sup>12</sup>.

Semejante despropósito sólo se explica desde el falso concepto luterano de la justificación ("sola gratia", "sola fides") como imputación extrínseca de la justicia de Dios al que confía en la expiación del único sacrificio de la Cruz sin contar para nada con nuestra cooperación. La Cruz no tenía como fin aplicar la redención sino hacerla. Demasiado cómodo hubiera sido que Cristo nos redimiera por sí solo, y por sí solo nos aplicara la virtud redentora. Hubiese sido irresponsabilizarnos de nuestra propia salvación, cosa que no iba ni con nuestra dignidad ni con nuestra libertad. "El que te creó sin ti, no te salvará sin ti" escribió S. Agustín en feliz y célebre sentencia.

*En la redención objetiva, cumplido en el sacrificio de la Cruz, intervino sólo Cristo, como único mediador*<sup>13</sup> pues, la Iglesia, formalmente como tal, nacida del costado abierto, estaba sólo virtualmente presente. Es cierto que asoció a su Madre a título de corredentora, pero esa asociación no elimina la unicidad del redentor: no asumió a María `para ayudarle`, sino para dignificarla a Ella. Le asoció a la obra personal del único mediador haciéndola participar como mediadora en la reconciliación de los hombres con Dios, con el ofrecimiento de sus dolores por compasión a los del Redentor y por el consentimiento a la muerte de su propio Hijo haciendo uso de sus derechos de Madre<sup>14</sup>.

En la redención subjetiva, intervenimos nosotros en la aplicación del tesoro redentor, haciendo de nuestra existencia entera una ofrenda de "lo que falta a la Pasión de Cristo"<sup>15</sup>. Somos corredentores también, pero exclusivamente, a diferencia de María, asociada como nueva Eva a la redención objetiva que Cristo consumó en el Calvario, en

9 J. Escrivá de Balaguer, Sacerdote para la eternidad, en "Amar a la Iglesia" p. 71.  
 . Miralles, apuntes de T. Sacrament. II y de J.F.A., Est. teológicos.

10 Pablo VI, *professio fidei*, n.24.

11 DZ. 948.

12 Dz 951.

13 1 Tim. 2,2-6.

14 *Mystici Corporis*, cit., in fine

15 Col 1,24.

la fase de la redención subjetiva <sup>16</sup>. "*Si toda nuestra existencia debe ser corredención, es en la Misa donde adquiere esa dimensión corredentora. Ahí toma su fuerza y se pone especialmente de manifiesto. Por eso la Misa es la raíz de la vida interior... nuestra entrega vale lo que vale nuestra Misa: ahí está la medida de nuestra eficacia: en la medida de la piedad, de la fe, de la devoción con que la vivimos*" <sup>17</sup>.

Por eso, "en nada menoscaba la dignidad y valor infinito del único sacrificio redentor; por el contrario, hace resaltar más su grandeza y proclama su necesidad. Al ser renovado cada día, nos advierte que no hay salvación fuera de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo" <sup>18</sup>.

Algunos protestantes, como Melanchton, matizaban la negación tajante de Lutero y admitían que la Misa se llamara sacrificio pero impropriamente, del mismo modo que puede llamarse sacrificio a la predicación del Evangelio, al recuerdo de la Pasión o a las acciones de gracias. En cambio -afirmaba Melanchton- la razón de sacrificio se da propiamente en la expiación y ésta tuvo lugar únicamente en la Cruz; por eso le falta a la Eucaristía el carácter verdaderamente sacrificial. Por esto definió el Concilio de Trento: "Si alguno dijere que el sacrificio de la Misa sólo es de alabanza y de acción de gracias, o mera conmemoración del sacrificio cumplido en la Cruz, pero no propiciatorio, o que sólo aprovecha al que lo recibe; y que no debe ser ofrecido por los vivos y los difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades, sea anatema" (canon 3) <sup>19</sup>.

## 2. Unidad entre el sacrificio de la Misa y el sacrificio de la Cruz.

"Creemos que la Misa es verdaderamente *el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares*" <sup>20</sup>. "*Una enim eademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotum ministerio, que se ipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa*" <sup>21</sup>. Según estos tres aspectos veremos la unidad de la Misa y la Cruz.

a) *Identidad de Víctima*.- Es Cristo mismo el que se ofrece, igual que en la Cruz. La ofrenda no es de pan y vino, sino del Cuerpo y la Sangre del Señor bajo las especies de pan y vino.

- En la Cruz la Víctima era el mismo Cuerpo de Cristo, visible, pasible y mortal.

- En la Misa, sin embargo, se hace presente el Cuerpo de Cristo en su estado inmortal y glorioso, el mismo que actualmente se encuentra a la diestra del Padre. Cristo no se hace presente "patiens nunc" (con la muerte cruenta de Cruz), pues resucitó y su Cuerpo resplandece con la perfección de la Gloria; sino que, *por la doble consagración, se le representa, "olim passus", en estado de víctima* <sup>22</sup>.

b) *Identidad de Oferente*. También es idéntico el *sacerdote principal de la Misa y del sacrificio de la Cruz: Jesucristo*. En el sacrificio eucarístico *Cristo actúa por medio del sacerdote*, que hace sus veces: "éste, en virtud de la ordenación sacerdotal que ha recibido se asemeja al Sumo Sacerdote y *tiene el poder de obrar en virtud y en persona del mismo Cristo*; por eso con su acción sacerdotal, en cierto modo presta a Cristo su lengua y le alarga su mano" (Pío XII, Mediator Dei).

---

16 Sauras, o.c.p. 62.

17 Carta del Padre IV, 1986.

18 Pío XII, Enc. Mediator Dei.

19 Dz. 950.

20 Pablo VI, Prof. fidei, n.24.

21 C. Trento, Dz. 940.

22 Cf. Cc.

*Respecto a la manera en que Cristo es el oferente principal del sacrificio de la Misa* hay una cierta diversidad de opiniones entre los teólogos. Todos concuerdan en que Cristo ofrece cada Misa *al menos virtualmente*, es decir, el sacrificio eucarístico se realiza en virtud de la institución por Cristo, por la cual las palabras de la consagración son eficaces.

Las opiniones se diversifican cuando se trata de saber si el Señor ofrece actualmente las Misa que se celebran.

La mayoría de los teólogos pasados y recientes sostienen la opinión afirmativa. El, actualmente conoce cada uno de los sacrificios eucarísticos, los quiere y ofrece. *El sacrificio interior -que es el alma de todo sacrificio- perdura en Cristo*: no sólo existió cuando estaba en la Cruz, sino que ahora, en el Cielo, permanece la adoración de su Alma y la *intercesión en favor nuestro para que se nos apliquen los frutos de la Cruz*. Esto último es lo que dice la Sagrada Escritura: Cristo "puede perpetuamente salvar a los que por medio suyo se presentan a Dios, como está siempre vivo para interceder por nosotros" <sup>23</sup>.

Si en su existencia histórica de "viador" toda su vida tenía satisfactorio del pecado y meritorio de la gracia que nos reconciliaba con Dios, en el momento en que entró en su fase gloriosa su oferta a Dios perdió el modo satisfactorio y meritorio para revestir el carácter de *oración al Padre, para que aquella satisfacción y aquel mérito tuviesen en cada uno de los hombres redimidos "de iure", una aplicación "de facto"* ("in acto secundo"). Según la conocida imagen patrística grata a Pío XII en la Mediator Dei (30-XI-1947), si antes de alcanzar la meta de la muerte preparaba el depósito de aguas saludables para todo el linaje humano, desde el momento de su glorificación pide al Padre que sumerja en aquellas aguas a todos los hijos de Adán para regenerarlos en una vida nueva.

Cristo en la Misa continúa adorando, dando gracias, rogando por nosotros como lo hizo sobre la tierra. *No merece ni satisface por nosotros, pues ya no es viador; pero continua rezando para que los méritos de la Pasión sean aplicados a los vivos y a los difuntos en compensación por los pecados. Por eso es también sacrificio, propiciatorio y esto "de dos maneras: primero presentado a su Padre su humanidad, humanidad que tomó por nosotros y en la que sufrió por nosotros; intercede también expresando a su Padre el deseo que tiene de nuestra salvación, aplicándonos sus méritos"* <sup>24</sup>.

Tal es la *oblación viva del corazón eucarístico de Cristo* presente sobre el altar, *siempre actual como la visión beatífica*; acto eminentemente simple, donde no hay sucesión

ni innovación, sino inmutable continuación de lo que ya era. Esta única oblación interior, que fue como el alma del sacrificio de la Cruz, perdura siempre en el corazón de Cristo. "Con una sola oblación perfeccionó para siempre a los santificados" <sup>25</sup> y constituye el alma del sacrificio de la Misa.

c) *Diversidad en el modo de ofrecer*.- El modo de ofrecer el sacrificio en la Cruz y en la Misa es diverso -"sola offerendi ratio diversa"- <sup>26</sup>: en la Misa, como enseña el Concilio de Trento, "se inmola de un modo incruento en el altar de la Cruz" <sup>27</sup>.

---

<sup>23</sup> Heb 7,25.

<sup>24</sup> Sto. Tomás, In Heb. 7,25.

<sup>25</sup> Heb. 10,14.

<sup>26</sup> C. Trento, cit.

<sup>27</sup> Dez. 940.

- Esta perpetuación se realiza "*specie dissimili*", bajo una apariencia externa distinta a la del sacrificio cruento de la Cruz <sup>28</sup>. Las especies eucarísticas, bajo las cuales se halla presente, simbolizan la cruenta separación del Cuerpo y de la Sangre. De este modo, la conmemoración (*memorialis demonstratio*) de su Muerte, que realmente sucedió en el Calvario, se repite en cada uno de los sacrificios del altar, ya que por medio de señales diversas se significa y se muestra Jesucristo en estado de víctima" <sup>29</sup>.

Juan Pablo II enseña, a su vez que "en virtud de la consagración, las especies del pan y del vino, *`re-presentan`*, de modo sacramental e incruento, el Sacrificio cruento propiciatorio ofrecido por El (Cristo) en la Cruz al Padre para la salvación del mundo"... Esta representación no queda reducida a un simbolismo vacío, falto de realidad, del sacrificio de la Cruz, o a una ocasión excelente para excitar un recuerdo meramente subjetivo de la Pasión, sino que es "re-presentación" (*hacer presente de nuevo*), *conmemoración objetiva llena de contenido* pues en la Misa se hace presente Cristo, Hostia del sacrificio del Calvario, y se representa a manera de imagen la Pasión misma mediante la separación sacramental del Cuerpo y de la Sangre, bajo las especies del pan y del vino. Según S. Gregorio Nacianceno, el sacerdote, cuando pronuncia las palabras de la consagración, separa con tajo incruento el Cuerpo y la Sangre del Señor, usando de su voz como de una espada" <sup>30</sup>.

Después de esta precisión del Magisterio, quedaron descartadas las explicaciones sobre la esencia del sacrificio de la Misa que intentaban encontrar la *inmolación incruenta sin referencia al modo en que Cristo se inmoló en la Cruz*. Entre estas teorías estaban las de Lugo y Franzelin, para quienes el sacrificio eucarístico consistía en el abajamiento -"status declivior" (presencia real bajo apariencias de comida y bebida)- que Cristo adquiere por la consagración. También debe contarse en este grupo la doctrina de Suarez, que afirmaba que la consagración verifica la razón de sacrificio en cuanto se destruyen las sustancias del pan y del vino, y se "reproduce" sobre el altar a Cristo según un nuevo ser sacramental. La Misa sería así un sacrificio numérico y específicamente distinto del de la Cruz.

Igualmente son insuficientes otras explicaciones que basan la esencia de la Misa en la *sola oblación* (*Lepin, De la Taille*). Según estas teorías no hay una inmólación sacrificial de Cristo en la Misa; en ésta, el único acto propiamente sacrificial es la oblación que la Iglesia hace de Cristo. Parten del supuesto de que la inmólación de la ofrenda, aunque se encuentre de hecho en la mayor parte de los sacrificios, no pertenece a la esencia del sacrificio en cuanto tal; la acción sacrificial esencial consistiría únicamente en la oblación ritual (externa) de la ofrenda a Dios. Estas hipótesis *no salvan bien la enseñanza del Magisterio, que ha declarado* <sup>31</sup>.  
que en la Misa Cristo "*incruente inmólatur*";

"El sacrificio eucarístico, por su misma naturaleza, es la *incruenta inmólación* de la divina Víctima, inmólación que se manifiesta místicamente por la separación de las sagradas especies y por la oblación de las mismas al Eterno Padre. *La sagrada comunión atañe a la integridad del sacrificio* <sup>32</sup> y a la participación del mismo mediante la

28 León XIII, Enc. Caritatis studium. Dz. Sch. 3339.

29 Pío XII, Mediator Dei, Dz. Sche. 3848.

30 Cf. cp Dominicae Cenae n.9.

31 Cfr. textos, cit.

32 Parece claro que después de esta afirmación del Magisterio -la comunión del sacerdote como parte no esencial del Sacrificio sino integral- ya no se puede proponer sin más la teoría de Belarmino sobre la esencia del sacrificio del Altar. Según este autor son partes esenciales de la Misa tanto la consagración como la comunión, en la que es destruida la Víctima: en cuanto pierde, su ser sacramental; y en esto consiste el sacrificio eucarístico.

recepción del augusto Sacramento; mientras que *es enteramente necesaria para el ministro que sacrifica*, para los fieles es tan sólo vivamente recomendable" <sup>33</sup> .

*La comunión de los fieles no se precise para que la Misa sea un verdadero sacrificio, ni para su integridad.* Ante el ataque de los protestantes a las Misas en las que sólo el sacerdote recibe la Eucaristía, así se definió en Trento.

Pablo VI, en la Enc. "Mysterium fidei", declaró que aunque convenga que en la celebración de la Misa participe un gran número de fieles, no por eso se ha de "*exaltar tanto la Misa llamada `comunitaria`, que se descarte la Misa privada*" <sup>34</sup>. Ya Pío XII, recordando esta doctrina, añadía: "*Están fuera del camino de la verdad... los que hacen de la sagrada comunión, recibida en común, como la cima de toda la celebración*" <sup>35</sup> .

### 3. Carácter público y universal de toda Misa

Ninguna Misa, aunque se celebre por un sacerdote en presencia sólo del ministro que le ayuda, es acción privada. Porque toda Misa es "acción de Cristo y de la Iglesia, la cual en el sacrificio que ofrece sabe que se ofrece a sí misma como sacrificio universal, y aplica a la salvación del mundo entero la única e infinita virtud redentora del sacrificio de la Cruz" <sup>36</sup> .

No es necesario, por tanto, la presencia de los fieles ni su consentimiento a la acción sagrada para que ésta tenga lugar, aunque es muy conveniente que los fieles asistan con frecuencia -mejor diariamente- al divino Sacrificio. De este modo ejercitan plenamente su *sacerdocio real, siendo mediadores en Cristo Jesús*". Así se consuma el sacrificio espiritual de los fieles en unión con el sacrificio de Cristo <sup>37</sup>: sacrificio que comprende "todas las obras buenas que dirigen a la gloria de Dios" <sup>38</sup>. Ha de decirse, por tanto, que la Misa es "el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano".

*El sacrificio de la Cruz lo hizo el Señor solo, y el de la Misa lo hace toda la Iglesia*: Cristo que se inmola y ofrece por el ministerio del sacerdote, que sacrifica (in persona Christi) y se ofrece a sí mismo con todo el Cuerpo místico; los simples fieles que participando del sacrificio eucarístico, "ofrecen a Dios la víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella" <sup>39</sup> y toda la Iglesia militante, purgante y triunfante, representada por los asistentes y hecha presente por el ministerio del sacerdote.

Esta presencia sacramental de Cristo con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma, con su Divinidad comenzada en la transustanciación, y que no cesa mientras no se corrompan las especies, tiene una doble referencia: a Dios y a los hombres. La primera es de ofrenda sacrificial a Dios y la segunda, sacramental, de santificación de los hombres.

La referencia sacramental no se agota en el "uso" del sacramento como "manjar de vida". Su presencia permanente en el tabernáculo es centro y raíz de toda la vida de la Iglesia.

Pero a veces no se advierte que la presencia permanente de Jesucristo en el sagrario tiene también una referencia sacrificial, de mediación ascendente, que mira a Dios. También en el Sagrario se conserva lo que se hizo en el altar, de modo tal que puede afirmarse que además de estar como sacramento que nos vivifica, está como Hostia

---

33 Mediator Dei, l.c.- Esta necesidad tiene su origen en el mandato de Cristo, que en la Última Cena instituyó la Eucaristía bajo las especies de pan y vino para perpetuar el sacrificio cruento de la Cruz y para darnos a comer su Cuerpo y su Sangre como alimento de nuestras almas: "Tomad y comed..." (Mt 26,26; Mc 14,12). Por esto nunca es lícito para el sacerdote celebrante omitir la comunión,(y en caso de necesidad debe ser sustituido por otro).

34 AAS 57 (1965), n. 755.

35 Mediator Dei, J.c..

36 Pablo VI, Mystici Fidei.

37 PO.

38 LG,11.

39 LG,11.

ofrecida al Padre, en unión de su Cuerpo místico, rindiendo culto de adoración, agradecimiento y compensación propiciatoria. Es el "iuge sacrificium" o sacrificio permanente del Cristo total, Cabeza y miembros como hostia pura y agradable al Padre. Ahí está Cristo "viviendo por el Padre en nuestro favor". No se inmola sacramentalmente "in actu exercito" sino en el altar. Pero puede decirse que en su presencia permanente en el Santísimo Sacramento. Cristo no está solo en estado de víctima, sino que "se está inmolando", "in actu signato". En la Misa se renueva y hace la aplicación del tesoro redentor -en el orden de la redención subjetiva-, que nos mereció el tabernáculo, donde permanece el Señor en estado sacrificial, se posibilita una aplicación continuada del sacrificio, ya de suyo aplicativo, que se hizo en el altar <sup>40</sup>.

Cristo Nuestro Señor continua pidiendo, en el Sagrario y con un incesante clamor de compensación propiciatoria, que se apliquen sus satisfacciones y méritos infinitos pasados a tales o cuales almas. "Interpellat pro nobis primo representando humanitatem suam quam pro nobis assumpsit". Pero no sólo lo hace así presentando sus llagas como credenciales de los méritos pasados. También lo hace "exprimiendo desiderium quae de salute nostra habet"<sup>41</sup>. De este deseo participan los bienaventurados, según el grado de su caridad <sup>42</sup>.

La oración siempre viva en Cristo glorioso, -participada por sus miembros bienaventurados, expectantes activamente de la consumación del Reino de Dios- es el alma del santo sacrificio de la Misa y continúa activamente eficaz en un incesante clamor en el tabernáculo, hasta que vuelva. Entonces, cuando se haya dicho la última Misa, continuará la oración de Cristo glorioso y sus miembros glorificados, en la Jerusalén celestial, en permanente alabanza a la Trinidad. Sólo cesará entonces la oración de petición, porque ya Dios será todo en todos, después de haber puesto sus enemigos debajo de sus pies <sup>43</sup>. En el tabernáculo "encontramos el modelo perfecto de nuestra entrega. Allí está Cristo vivo, palpitante de amor. En aparente inactividad, se ofrece constantemente al Padre, con todo su Cuerpo Místico, con las almas de los suyos, en adoración y acción de gracias, en reparación de nuestros pecados y en impetración de dones, en un holocausto perfecto e incesante. Jesús Sacramentado nos da un impulso permanente y gozoso a dedicar la entera existencia, con naturalidad, a la salvación de las almas" <sup>44</sup>.

##### *5. La presencia eucarística como garantía de la presencia salvífica de Cristo en la Iglesia, Sacramento universal de salvación.*

"Cristo vive en su Iglesia... en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad. De modo especial Cristo sigue presente en nosotros, en su entrega diaria de la Sagrada Eucaristía...

...La presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la 'garantía', la raíz y la consumación de su presencia en el mundo" <sup>45</sup>. Precisamente porque es raíz de toda la vida sobrenatural o su fuente ("Eucharistia fons, cetera sacramenta rivuli", había escrito en Catecismo del C. de Trento) no existe otra garantía de la presencia salvífica de Cristo salvador en el mundo, por cualquiera medios de santificación, que su presencia eucarística.

---

40 Cf. E. Sauras, Teología y espiritualidad del sacrificio de la Misa; C. XIV, el Sagrario, sacrificio permanente, pp. 145-158.

41 Sto. Tomás, In Heb. 7,25.

42 S. Th. II, 83,1.

43 Cf. 1. Cor. 15,17-18.

44 Carta del Padre, IV, 1986.

45 J. Escrivá de Balaguer. Es Cristo que pasa, n.102.

Quizá por eso el Señor ponga en relación el enfriarse de la caridad y la apostasía de los últimos tiempos "¿acaso encontrará fe sobre la tierra?", que da lugar a la tribulación suprema `cual no la ha habido ni la habrá', -cuyo tiempo será abreviado en gracia a la oración de los elegidos -con la abominación de la desolación en el lugar sagrado" <sup>46</sup>, predicha por Daniel. Esta no es otra que "la desaparición de la Hostia y el sacrificio perpetuo": del sacrificio eucarístico, según la exégesis patrística a Dan. 9,27 <sup>47</sup>. Ya en la prefiguración de la ant. alianza como enseñó Ezequiel con tanta fuerza, Dios no permite "retirarse" del templo, de su presencia salvífica en él (la "scheknah"), sino como castigo por la infidelidad de su pueblo, y muy especialmente por la degradación del sacerdocio, con vistas a su purificación <sup>48</sup>. En la nueva y definitiva alianza en su sangre el Señor nos ha garantizado su presencia entre nosotros hasta el fin de los siglos por el "anuncio" <sup>49</sup> de su Muerte en el Sacrificio eucarístico. Por eso la amenaza de desaparición del mismo por la "abominación de la desolación en el lugar sagrado", le "obliga" a intervenir en el curso de la historia, para evitar que la abundancia del mal enfríe la vida teologal de caridad y de fe sin la que se pondría en grave peligro la "necesaria" presencia salvífica en la Eucaristía y -con ella- la misma Iglesia: pues "la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia" <sup>50</sup>.

---

46 Cf. Mt. 24 y lugares paralelos.

47 Cf. 8,12; 11,32.

48 Cf. L. Bouyer, *La Biblia y el Evangelio*, 1977, c.v. El problema cultural.

49 Actualización sacramental de la inmolación del Calvario para aplicar sus frutos "anamnesis".

50 De Lubac.

De A. Miralles, *Teol. Sacr., II y J.F.A., Est. teológicos*.